Historia de ... santa Genoveva

Madrid

[1893?]

Reel: 43 Title: 19



(TRES PLIEGOS)



HISTORIA

DE LA VIRTUOSA Y PENITENTE

SANTA GENOVEVA

PRINCESA DE BRABANTE



MADRID
Despacho: Calle de la Bola, núm. 11



Imprenta de M. Minuesa.—Miguel Servet, 13.

HISTORIA

DE

SANTA GENOVEVA.

CAPITULO PRIMERO.

Noticia de la patria y padres de Genoveva.—Gracias y perfecciones de su niñez.—La fama de sus virtudes y hermosura le atraen adoradores.—El conde Palatino se presenta á la córte de Brabante á solicitar su mano.

En una de las provincias de la antigua Galia, reinando el gran Clodoveo, nació una hija de la ilustre casa de Brabante. Apenas esta niña descubrió los primeros rayos de la luz, cuando sus padres la alistaron en el gremio de la Iglesia católica con el agua del santo bautismo, poniéndola el nombre de Genoveva.

Las gracias particulares que poseyó esto princesa en su niñez llegaron al colmo de la perfeccion, no habiendo cosa que mas la halagase que todo aquello que contribuyese á inclinarla á la devocion, y el mas dulce recreo que experimentaba era la soledad y el retiro, para cuyo efecto eligió el sitio mas reservado de su jardin, donde hizo una capillita, que si bien la naturaleza la habia provisto de mirtos y ramos frondosos oponiéndose á los rayos del sol, ella tambien la adornaba con flores, conchas y estampitas, en cuyo ejercicio pasaba la mayor parte del dia, sin cuidarse de los pasatiempos de otras jóvenes de su edad; y queriéndola su madre persuadir á que dejase aquellos ejercicios pueriles, respondia con una modestia increible que aquellas ocupaciones le parecian lo mas perfecto de la vida humana, y que si la permitiera elegir un método de vida á su gusto, preferiria desde luego el retiro y la soledad, á imitacion de tantas ilustres personas que, abandonando el mundo se retiraron á

los desiertos, juzgando que entre la inocencia de las fieras hallarian mas buena acogida que entre la malicia de los hombres.

Sus padres estaban admirados de oir tan juiciosas palabras, observando aquellos devotos entretenimientos tan impropios de su edad, pero no podian penetrar lo que iba disponiendo el cielo en su hija, hasta que despues se manifestó.

Pasaba ya de los tres lustros de su edad Genoveva, mas no por eso ponia cuidado en ataviar su persona, bien que no necesitaba de afeites ni artificio alguno para hacer resaltar las perfecciones de su natural hermosura, ni tampoco la hubieran faltado apasionados que idolatrasen su belleza si hubiera querido poner en público lo que la modestia le hacia tener en secreto; pero á pesar de tanto recato y recogimiento no pudieron estar por mas tiempo ocultas ese cúmulo de virtudes y gracias reunidas sin que la fama las pregonase, atrayendo hácia nuestra Genoveva las voluntades de algunos jóvenes principales que se disputaban á porfía la posesion de tan estimable joya. El conde Palatino Sigifredo fué por fin el mas dichoso, pues llegó á conseguir lo que otros muchos deseaban. Era este un poderoso señor que tenia sus estados en el territorio de la antiquísima ciudad de Tréveris, cuya nobleza y estirpe descendia de sangre real; el cual, llevado por un impulso de curiosidad á lo que la fama publicaba en favor de la beldad y perfecciones de Genoveva, resolvió ponerse en camino para ver por sí mismo los efectos de tan general aplauso; á cuyo fin dispuso el viaje con un lucido acompañamiento, tal como lo requeria el ostentarse á los ojos de quien ya le poseia el corazon.

Llegado el conde á la córte de Brabante, se presentó á los padres de Genovova, que le recibieron agasajándole con el cariño y estimacion debidos á sus excelentes cualidades y elevada clase. Permitiéronle visitar á la que era objeto de su viaje, aunque ellos lo ignoraban, y puesto á su presencia, con el decoro de un amor puro y sin lisonja, la ofreció con palabras modestas y corteses todo lo que pudo dictarle su corazon, admirado de tantas perfecciones y hermosura; y si bien le causaba cierta inquietud el temor de recibir algun desden de los que á veces suele usar la beldad, no dejaba, sin embargo, de esperar que tendrian buen éxito sus pretensiones.

CAPITULO II.

Declaracion de Sigifredo al padre de Genoveva.—Sumision de la hija á la voluntad de sus padres.—Celébrase la boda.—Deja Genoveva la casa paterna para ir á vivir al castillo de su esposo.—Invasion y guerra de los moros.—Sale Sigifredo á campaña y deja á su esposa encomendada al mayordomo.

Preocupado se hallaba el conde Palatino, discurriendo con solicitud sobre el modo de ofrecer en las aras de su amor todo el caudal de elocuencia que el honesto proceder le podia prestar para contribuir al logro de sus ardientes deseos. Tomó, pues, la resolucion de declarar al padre de Genoveva el motivo de su viaje con el siguiente razonamiento:

Señor: si sois vos tan condescendiente y favorable á mis designios como me prometo de vuestro noble y magnánimo proceder, me atreveré á expresar la consecucion del objeto que aquí me ha traido. Bien sabeis, señor, lo esclarecido de mi nacimiento, sin que mis méritos hayan desmentido la gloria que heredé de mis nobles predecesores, y si condescendeis en el enlace que voy á proponeros, no dejará vuestra casa de conservar la dignidad y declararos el grande amor y cariño que ha fomentado en mi pecho vuestra excelsa hija, no solo por su extremada beldad, si que tambien por sus raras prendas morales, en términos que si la fortuna me hubiese hecho dueño de un trono, sin titubear un momento lo pondria á sus piés solo por poderla merecer. Y ahora, de vuestra resolucion, señor, está pendiente toda mi dicha, solo en que os digneis inclinar á Genoveva que acepte mi fina voluntad para unirme á ella con lazos indisolubles.

Atento estuvo el duque á las razones que le expuso Sigifredo; y considerando lo conveniente que le seria aceptar el partido, le dió muestras de agradecimiento por haber puesto su cariño en la princesa, ofreciéndole al mismo tiempo que él haria en su favor todo lo que estuviese de su parte. Luego que se hubo despedido Sigifredo, entró el duque en la estancia de su esposa participándola lo ocurrido, y encargándola que fuera disponiendo el ánimo de su hija, inclinando su voluntad para el nuevo estado á que la destinaban. Grande repugnancia halló la madre en un principio; pero no con tanta obstinacion que se opusiese á los mandatos de sus padres con una resistencia tenaz; solo sentia el renunciar á la pureza y virginidad que hubiera deseado conservar. Por último, su grande sumision y obediencia la decidieron á vencer los escrúpulos de que se hallaba poseida, y con lágrimas y sollozos manifestó su resignacion de estar dispuestas á aceptar sin violencia el marido que se le tenia resignado.

Por fin, se celebró la boda, cuya solemnidad en tan ilustres príncipes pasaré en silencio para que la juzgue el lector; basta solo decir que no se omitió ninguna especie de regocijo para dar cuanta esplendidez correspondia á su alta clase.

Todos tuvieron por muy acertado y dichoso este casamiento, más no juzgaban que entre las más hermosas rosas siempre se hallan punzantes espinas. Así sucedió á nuestra recien casada, que comenzó su nuevo estado disfrutando por espacio de dos años las delicias del matrimonio, y lo terminó en el deplorable estado que más adelante se verá; pero continuemos la narracion sin anticipar los sucesos.

Despues que los desposados hubieron permanecido algunos meses en Brabante, resolvieron partir para la ciudad de Tréveris, donde salieron á recibirlos todos los deudores y amigos de Sigifredo, señalándose entre ellos San Hidulfo, entonces prelado deaquella catedral, quien se alegró viendo aumentado su rebaño de una tan cándida cordera, y echóla mil bendiciones al marcharse para su castillo, no muy distante dela ciudad.

Este castillo estaba situado en las margenes del rio Mosela: la naturaleza y el arte lo hacian en estremo delicioso; sus torreones cubiertos de pizarra, le daban el aspecto de un edificio de romanos, y un extenso y ameno parque leservia de adorno.

En este paraiso pasaban Sigifredo y su esposa una vida llena de placeres; ningun incidente perturbaba su bienestar, antes todo contribuia á aumentar lafelicidad de aquella familia; pero apenas habian pasado dos años, cuando la inconstante fortuna vino á perturbarla con la guerra que promovieron las huestes africanas.

Abderraman, rey de los moros que pasaron á España, á quien la perfidia de algunos traidores, mas que su propio valor, le habia puesto en posesion de todas las provincias del Occidente: despertaron de tal modo su ilimitada ambicion aquellas conquistas, que se propuso hacerse señor de toda Europa; y pareciéndole que la Francia era una de las potencias más importantes que le convenia dominar, resolvió juntar un poderoso ejército, cual jamás se habia visto tan formidable, y poniéndose en marcha, bien pronto se extendieron desde los Pirineos hasta la Turena, adonde los esperaba el invencible Cárlos Martel con sus setenta mil hombres de á pié y doce mil de á caballo. El orgullo y noble ambicion de alcanzar renombre hizo que se incorporasen al ejército de Martel una multitud de guerreros de la principal nobleza. El esclarecido conde Palatino Sigifredo, avergonzándose de permanecer por más tiempo entre los dulces halagos de su esposa, y temeroso de mancillar su honor si no tomaba parte en defensa de la causa pública, resolvió aprestarse para la jor-

nada, á imitacion de otros señores circunvecinos que se disponian para presentarse en el campo. Muchas oposiciones halló el conde por parte de Genoveva para llevar á cabo tan sensible separacion; pero despues de haber reflexionado el peligro que corria su reputacion si mostrándose indiferente á las públicas calamidades se dejaban llevar por los instintos de su amorosa pasion, les fué forzoso á estos dos amantes usar de la cordura abandonando los gustos familiares, prefiriendo conservar ileso el lustre y gloria de su casa.

Despues de haber dispuesto el conde todo lo necesario, y llegada la hora de partir, hizo reunir á todos los de su familia, á quienes encargó el más puntual cumplimiento en sus respectivos deberes y el mayor respecto y obediencia á la condesa. Tomó luego de la mano á su mayordomo, llamado Golo, y presentándole á su esposa, la dijo: Amada y querida prenda, es preciso resignaros enjugando vuestro llanto, y alejar la afliccion que os devora; aquí os dejó á Golo; espero de su fidelidad cuidará con esmero de vuestro regalo y consuelo, y así os pido le tengais en consideracion por lo mucho que yo le quiero. Oyó la condesa estas razones con tales muestras de desaprobacion y repugnancia, como si ellas le hubiesen inspirado un mal sentimiento; lo que, observado por el conde, alzó los ojos al cielo, y en voz baja y dolorida, dijo: A Vos, Reina de los ángeles y Madre del Redentor Jesucristo, dejo encomendada mi dulce esposa.

CAPITULO III.

Victoria conseguida por el ejército cristiano.—Sigifredo es condecorado en recompensa de sus servicios.—Carta de Sigifredo á Genoveva y contestacion de ésta.—Atrevida declaracion del mayordomo á la condesa y repulsa que recibe por esta imprudencia.

Dejemos aparte los lastimeros llantos y tiernas caricias que se prodigaron los dos esposos al separarse, y acompañemos á nuestro guerrero al campamento del gran Cárlos Martel, de quien fué recibido con el mayor agasajo; asimismo haremos una breve relacion de la memorable batalla en que se halló Sigifredo, dando pruebas de su gran valor y esfuerzo.

Ya se ha dicho que Cárlos Martel esperaba á Abderraman cerca de Tours, situado en un extenso llano; el enemigo no tardó en presentar la batalla, y el héroe cristiano ordenó su ejército, teniendo á su espalda el rio Loira y al frente cuatrocientos mil sarracenos. Para obligar á sus soldados á pelear con más decision, dió órden á los de

la ciudad de no abrir las puertas más que á los vencedores, y además puso á los flancos de su ejército setecientos caballeros con órden de acuchillar al que intentase abandonar su puesto; y con extaordinario ardor hizo un razonamiento á los suyos, que les infundió un entusiasmo digno de la causa que defendian. Hízose la señal, y el bélico sonido de clarines y trompetas se oyó por todos los ángulos del campamento, anunciando á los valientes que era llegada la hora del combate. La morisma contestó tambien con el estruendo de sus tambores y añafiles, disponiéndose á la pelea. Ambos ejércitos se acometen, los dardos silban y las espadas se cruzaban con las cimitarras. Cubierto el suelo de cadáveres y sangre, los ayes y lamentos se confunden entre las voces de los caudillos y el estrépido del combate. Dudosa estaba la victoria, cuando Cárlos Martel manda al jefe de los gascones que cargue con los suyos uno de los flancos del enemigo, lo cual hizo con tal denuedo, que introdujo la confusion en el campo contrario. El aliento se redoblaba entonces por las falanjes cristianas, y movidos de un superior impulso siembran la muerte y terror por todas partes, confundiendo el orgullo africano, que huyó despavorido, dejando tendidos en el campo más de setenta y cinco mil sarracenos, incluso su caudillo Abderraman, y con la pérdida por parte de los cristianos solo de mil quinientos hombres. Los moros que escaparon con vida de esta sangrienta batalla, fueron á reunirse con los de otro rey africano llamado Aucupa, que se hallaba fortificado en la ciudad de Aviñon.

Para perpetuar Cárlos Martel la memoria de tan glorioso hecho de armas, estableció una órden de caballería, cuya divisa se componia de tres eslabones que dividian otras tantas rosas, y el escudo sembrado de flores de lis sobre el campo azul. Entre el número de estos caballeros se contaba á nuestro Sigifredo por haberse distinguido valerosamente en esta ocasion. Y como fuese necesario acabar de expulsar totalmente del territorio francés á la morisma, resolvió Martel ir á echar á Aucupa de Aviñon; á cuya conquista debian marchar los nuevos caballeros. Juzgando Sigifredo que esta expedicion retardaria por algun tiempo dar la vuelta para su casa, envió á su esposa Genoveva la divisa de la órden nueva establecida, junta con la carta siguiente:

«Esposa y señora mia: Desde el momento que me separé de »vuestra amable compañía, ha sido tal la conmocion de mi espíritu, »que no he gozado un instante de placer considerándome mu»chas veces el mas desdichado de los mortales; así, señora, po»dreis juzgar cuál se hallará mi alma entre los peligros de la guer»ra, al considerar que acaso os voy á perder para siempre; aun-

»que por otra parte me consuela el estar persuadido de que vivo »y viviré continuamente en vuestra memoria. Esta confianza me »tranquiliza un tanto y me da valor para sobrellevar con resignacion »lo cruento de nuestro destino, y la fortaleza para resistir las fatigas »de la campaña.

»Lanfredo, portador de esta, os enterará de la victoria consegui- »da por nuestras armas, y la justa razon que me obliga á retardar el »momento de abrazaros. Tambien os envío estas insignias con las »que me ha honrado nuestro general, cuyo presente no tengo per- »sona de mas estimacion que vos á quien ofrecerle, y juzgo que os »ha de ser muy grato poseerlas. Este es el aprecio que deseo hagais »de mi afectuoso cariño.

»Adios, mi vida, y conservádmela, pues es la que mas adora en »la tierra vuestro fiel esposo.—*Sigifredo.*»

Dejemos al conde Palatino siguiendo el ejército victorioso hácia la Provenza, y acompañemos á Lanfredo, que con la lijereza que infunde el ser portador de buenas nuevas, se presentó á su señora en breve tiempo. Hallábase la princesa Genoveva paseando por el jardin, en cuya frondosidad buscaba una distraccion que mitigara su tristeza, cuando el mensajero puso la carta en sus manos. Leyóla muchas veces con sumo placer, aunque por otra parte le afligia el considerar lejano el regreso del conde; y no satisfecha con el contenido de la carta, hacia mil curiosas preguntas á Lanfredo, quien las satisfizo cumplidamente. Genoveva contestó luego á su marido, por conducto del mismo mensajero, con la carta concebida en estos términos:

«Amado y querido esposo: Grande ha sido el consuelo que mi »alma ha experimentado al recibir vuestra carta, cual lo era el de- »seo con que mi amor y cariño la esperaba, pero la prolongacion de »vuestro regreso, señor, viene á causar nuevos cuidados á mi angus- »tiado corazon; porque si la muerte esta vez os ha respetado en- »tre tantos millares de hombres como ha arrebatado, considerad, »amigo Sigifredo, que la fortuna es muy inconstante y caprichosa. »No os dejeis deslumbrar, pues, de esos efímeros honores, que pue- »den precipitaros á vuestra perdicion; acaso hubiera sido harto me- »jor haber dejado sin premio vuestras proezas que obligarlas otra »vez nuevas aventuras. Espero tomareis en consideracion estas »reflexiones y que cuidareis de vuestra vida, porque poniéndola »en peligro aventurais otras dos; y así os suplico no deis lugar á que »se pierda el fruto que lleva en su seno vuestra afligida esposa.— »*Genoveva.*»

Recibió el conde Palatino esta carta en el campamento frente de

Aviñon, la que no dejó de enternecerle, mayormente lo último de su contenido, que le manifestaba el embarazo de su esposa.

Pero dejemos gozar al conde de la satisfaccion que le causó esta novedad, y vamos á referir la mas infiel y alevosa accion que jamás pudo intentar un criado.

Abusando el mayordomo Golo de la autoridad que le confirió Sigifredo al partir de su casa, y estimulado por los torpes deseos de que se hallaba poseido hácia la hermosa Genoveva, resolvió, aprovechando la ausencia de su señor, poner en ejecucion el depravado intento de solicitar á su ama, declarándola atrevidamente la pasion que le devoraba, y solo aguardó la ocasion mas oportuna, que no tardó en presentársele.

Fué, pues, el caso, que hallándose un dia la condesa en la galería de cuadros que tenia en su palacio, llamó al mayordomo, y mostrándole, entre otros retratos, uno de ellos que acababa de ejecutar un pintor, le preguntó qué le parecia aquella pintura. Golo, que vió llegado el momento que deseaba, le contestó: «Verdaderamente, señora, que el pincel ha hallado en esta ocasion un motivo de realizar su gloria, no habiendo beldad que pueda compararse á la de esta imágen.» Y hablando en estos términos, tenia la vista fija en Genoveva, dando bastantes indicios de su lasciva pasion. La señora lo percibió luego, pero procuró disimularlo como si nada hubiese comprendido. Esta modestia aumentó la osadía del may or domo, y continuando su discurso, dijo: «Pero decid, señora; si vuestra simple pintura infunde llamas de amor en el corazon de los que os deben respeto, ¿no perdonariais al que quisiera adorar el modelo? Sin duda, vuestra beldad no será tan cruel que quiera ultrajar una pasion que obedecen hasta los dioses.»—Este hablar es de idólatras, dijo la condesa, no dándose por entendida; y se conoce, añadió, que vos debeis de amar.

— Sí, señora, contestó Golo, y á la mas preciosa joya del mundo.

—Ciertamente, continuó la condesa, que si vuestra inclinacion se encaminara á quien yo pudiese persuadir de vuestro querer, emplearia todo mi valimiento para que consiguiérais lo que deseais.

Estas palabras, dichas con discreto disimulo, hicieron juzgar al mayordomo que estaba ya seguro el asentimiento de su señora. Entonces fué cuando se manifestó abiertamente con la mayor insolencia, diciendo: Yo, señora, muero por vos; vuestras caricias han vencido la indecision que se oponia á mi felicidad; pero ahora que reconozco por vuestras palabras que favoreceis mis intentos, me

cuento por el mas dichoso de la tierra. No bien hubo acabado Golo, cuando se apoderó de la condesa tan grande enojo, que encendida en ira le dijo: ¡Cómo es eso, atrevido criado! ¿Es así como cumplís con la fidelidad que prometiste á vuestro amo? ¿No bastaba advertiros de vuestra temeridad el desden con que os escuchaba? Pues guardaos otra vez de expresaros en estos términos en mi presencia, pues estad seguro que yo hallaré medio de haceros arrepentir de vuestro temerario intento.

Despechado en extremo quedó Golo al ver que su empresa se habia frustrado; pero lejos de desistir de sus depravados intentos, se aumentó mas aún su pasion y trató de llevarla adelante, á pesar de cuantos obstáculos se le opusieran, y para asegurar mejor su éxito discurrió una de las mas infames calumnias que pueden caber en corazon humano.

Servia en la casa un jóven paje, á quien por su arreglada vida y costumbres apreciaba mucho la condesa. En este desdichado cimentó el mayordomo todo el artificio de su malicia, destinándole para víctima de su resentimiento.

Una tarde que lo apacible del tiempo convidó á la condesa á tomar el fresco en el jardin, quiso Golo aprovechar esta ocasion, y fingiendo tener algun negocio que comunicarla, se llegó á ella, y despues de algunos preámbulos, volvió á tentar la castidad de su señora, diciéndola, por fin, que si no podia conseguir el inclinarla á que le amase, estaba resuelto á quitarse una vida que ya no podia soportar. Esta nueva é insolente provocacion acabó de persuadir á Genoveva que no podia ya prometerse enmienda de su insufrible perseguidor; y así le dijo terminantemente que á la mas mínima insinuacion que volviese á hacerla tocante á sus depravados intentos, lo pondria en conocimiento de su marido para que castigase tamaña insolencia.

CAPITULO IV.

Crueldad del mayordomo. — Parto de Genoveva en la prision. — Sigifredo da crédito á la acusacion contra su esposa. — Se enfurece y manda castigar á los que cree culpables.

Colérico en extremo el mayordomo de haber sido rechazado tan imperiosamente por la condesa, se retiró lleno de furor y saña, resuelto á poner en ejecucion su meditada venganza. Llamó á dos ó tres dependientes de la casa, con los que tenia mas intimidad, y les habló en estos términos:

«Amigos: No sé cómo expresaros el dolor que me causa verme precisado á revelaros una maldad horrenda, la cual yo encubriria si ella misma no se hiciese pública con el tiempo, causando un escándalo capaz de comprometer la fama y reputacion de nuestro amo. Hablo de las relaciones clandestinas de Genoveva con ese paje. Solo los que no han oido sus halagos ni reparado sus disolutas acciones pueden dudar de tan ilícito como escandaloso trato: lo afectado de sus palabras, la desenvoltura de sus movimientos..., el embarazo, en fin, son voces que publicarán bien pronto el padron y la infamia que va á recaer sobre esta desventurada casa. Y así, supuesto que nuestro amo dejó á mi cargo el cuidado de su esposa y hacienda, me parece, amigos mios, es preciso tomar una resolucion, y salvo vuestro parecer, creo será conveniente y acertado poner en un calabozo á ese imprudente jóven, y para evitar que la condesa le facilite la fuga, podrá permanecer detenida en una torre del palacio, en tanto que doy aviso de ello á nuestro amo para que con la mayor brevedad determine lo que tenga por conveniente.»

Tomada esta resolucion, hizo llamar Golo al paje, y con palabras injuriosas le dió á entender que se le acusaba del delito de haber mezclado en los manjares de la señora cierta mistura, con lo que habia conseguido abusar de su persona. En vano el pobre paje protestaba contra semejante calumnia, poniendo al cielo por testigo de su inocencia, pues su implacable juez le hizo poner en un

calabozo: en seguida se entró en el aposento de Genoveva refiriéndola lo que acababa de ejecutar, y añadiendo era preciso que ella quedase detenida en una habitacion de la torre hasta saber la determinacion que tomaria su esposo.

Encerrada que fué en la estancia que le servia de cárcel, la virtuosa señora reclamaba el auxilio divino, quejándose amorosamente diciendo: Dios mio, ¿cómo permitís que se me maltrate tan injustamente sabiendo Vos mi inocencia? ¿En qué, Señor, os he ofendido para merecer tanto rigor? Pero si es preciso que yo padezca porque así lo dispone vuestra Omnipotencia, al menos, mi Dios, os pido no permitais que el fruto que llevo conmigo sea confundido en mi desgracia, y que pueda ver la luz evangélica; y espero en vuestra misericordia hagais que algun dia se haga notorio que esta infeliz ha sido desdichada pero no culpable, y así quedaré conformada con lo que vuestra divina voluntad disponga de mi suerte.

De esta manera desahogaba su oprimido corazon la inocente Genoveva, pasando los dias y las noches sin comunicarse con persona humana más que con su odioso carcelero Golo, que, para aumentar su tormento, no cesaba de instigarla buscando mil efugios para reducirla á su voluntad; pero todo fué porfiar en vano, pues ni las amenazas, ni los cariñosos halagos, hicieron vacilar en lo más mínimo á aquella alma pura y candorosa.

Llegó entretanto la hora del parto, en cuyo apurado trance se halló desprovista de todo auxilio, y en medio de los más agudos dolores desahogaba su pena con un llanto capaz de enternecer á las mismas fieras. Por fin, con el favor del cielo dió á luz un niño, y tomándolo entre sus brazos, exclamó: ¡Oh pobre criatura! ¡cuántos dolores me ha causado tu inocencia, y cuántas adversidades te harán padecer mis desgracias! Temiendo esta santa princesa que con tantas privaciones y lobreguez peligrase la vida del niño privándole de la divina gracia, resolvió bautizarle poniéndole el nombre de Tristan, por haber nacido en tanta tristeza, y lo envolvió en una servilleta que por casualidad tenia en la prision.

Habian pasado dos meses del parto de Genoveva, cuando el mayordomo quiso informar á Sigifredo de lo que aun ignoraba, dándole parte de lo que habia ejecutado, para lo que dió instrucciones á un criado confidente suyo, y con el cual envió una carta concebida en estos breves términos:

«Señor: si el honor de vuestra casa y la estimacion que os profeso no me impidieran trasladar en este papel la más atroz infamia, yo confiaria en él un gran secreto que os debo revelar; pero por lo que pudiera suceder de que la carta cayese en otras manos y se hi-

ciese pública vuestra afrenta, el portador de ella os enterará de todo cuanto ha ocurrido y de lo que he hecho en vuestro favor; y así, señor, espero me avisareis con brevedad de lo que tengo de hacer.»

La sensacion y asombro que causó á nuestro Palatino la noticia de tan fatales nuevas, no es fácil descubrirlo. Despues de un breve rato de meditacion se entregó á los mayores arrebatos de cólera, y poseido de un violento furor, exclamaba: ¡Oh infiel y perversa mujer! ¿Cómo has tenido valor para ultrajar tan afrentosamente la gloria que entre mil trabajos y peligros he procurado adquirir? ¿Cómo, cubriéndote con el velo de la honestidad, has profanado con tu torpe desenfreno los vínculos más sagrados que nos unian? Pero tampoco yo respetaré ni aun tan solo una gota de tu sangre, ni menos la del hijo que has dado al mundo para servir de verdugo á tu delito...

Volviéndose luego al mensajero, le preguntó que cuánto tiempo hacia que habia parido la condesa; á lo que el criado, segun las instrucciones que Golo le habia dado, contestó haria cerca de un mes; es decir, que señaló el término de diez meses despues de la partida de su señor, para hacer de este modo más evidentes las sospechas contra la castidad de la inocente condesa.

Mientras que Sigifredo quedaba premeditando el castigo que merecia un delito tan atroz como el que tuvo la ligereza de creerse, despidió al criado con órden de que su mujer permaneciese en la prision sin comunicarse con nadie, y con respecto al paje, se le diese el más severo castigo.

El mayordomo recibió este mandato con la mayor alegría, y pronto lo puso en ejecucion, principiando con dar un tósigo al desventurado paje, que le privó de la vida en pocos instantes. No quedó Golo satisfecho con el sacrificio de esta inocente víctima, porque pasando á mayor crueldad, temiendo que Sigifredo descubriese su perfidia, juzgó ser llegado el caso de buscar los medios de causar la total ruina de su amante.

CAPITULO V.

Entrevista de Sigifredo y el mayordomo.—Horrible vision en casa de una hechicera.—Ordena el conde la muerte de Genoveva y su hijo.—Los criados se compadecen de su señora, y la otorgan la vida dejándola abandonada en el monte.

Mientras el mayordomo se hallaba ocupado en discurrir el modo de ejecutar su infernal proyecto, tuvo aviso de que el conde se habia puesto en camino de vuelta para su casa; fué en seguida á salirle al encuentro hácia Argenton, en cuya ciudad habitaba una vieja que se tenia por la mas famosa hechicera. Encaminóse Golo á su casa para consultarla el modo de hacer ver á Sigifredo con sus propios ojos todo cuanto se le habia hecho creer: convenidos que fueron, despues de haberla ofrecido una buena recompensa, se fué á esperar á su amo, que lo recibió con muestras de cariño. Retirados los dos solos, quiso el conde enterarse de lo ocurrido en su casa. El mayordomo le hizo una larga relacion de todo lo que fingió haber pasado; y queriendo dar un testimonio que acreditase su relato, dijo: Supongo, señor, que no dudareis de mi fidelidad; pero si quereis otra prueba que os haga ver palpablemente la verdad de cuanto os he referido, aquí cerca vive una mujer muy instruida en el arte de sortilegios; vamos, si quereis, á su casa, y quedareis convencido. Fueron á buscar á la hechicera, la que les condujo á un lugar subterráneo, donde encontraron cuatro velas de color verde encendidas, en medio de las cuales habia colocado un barreño con agua; tomó la maga un espejo y lo metió dentro del barreño, pronunciando ciertas misteriosas palabras, despues de lo cual sopló el agua con fuerza hasta conmoverla, y luego despues, apaciguada, dijo al conde que se acercase é inclinase la vista hácia el espejo por tres veces consecutivas; así lo hizo, y en cada una de ellas observó lo siguiente: en la primera vió á su mujer hablando cariñosamente con el jóven paje; en la segunda se estaban dando tiernos abrazos; pero en la tercera quedó asombrado al ver cosas tan vergonzosas que no se pueden describir sin profanar los términos del recato.

Considere el lector cuán violento seria el furor que experimentaria Sigifredo al presenciar esta infernal vision, capaz de incitarle, en medio de su dolor, á las mas crueles venganzas. Aprovechando Golo aquel momento de arrebato, sin dar lugar á que obrase la reflexion en el ánimo de su señor, se atrevió á aconsejarle

que lo mas acertado seria deshacerse de la culpable y de su hijo, de modo que nunca jamás se supiese de ellos, de cuya ejecucion se ofreció ser el encargado, mientras que el conde se dirigia á su casa en cortas jornadas. Aprovechó Sigifredo el dictámen de su mayordomo, facultándole para que obrase como mejor le pareciese. ¡Cuán lejos estaba el desdichado conde de sospechar que se abusase tanto de su demasiada confianza!

Luego que Golo regresó al palacio, tomó las disposiciones necesarias para que cuanto antes se llevaran al sacrificio á la inocente Genoveva y á su hijo. Divulgada esta novedad entre la servidumbre de la casa, pronto llegó á noticia de la señora por medio de una compasiva criada que la asistia en la prision. Atónita quedó al oir tan fatal desgracia, y llena de dolor apretó entre sus brazos al tierno infante, diciendo: ¡Dios mio, haced que yo sea la desdichada, y no permitais que padezca esta impecable criatura! Y volviéndose á la sirvienta, la pidió la trajese tintero y papel, en el que escribió algunas líneas, encargándola fuese disimuladamente al despacho del conde y mezclase aquel papel entre los otros que allí hubiese.

Al despuntar el crepúsculo del dia siguiente, dió Golo órden á dos criados de su confianza que con todo secreto llevasen á Genoveva y al niño á un espeso bosque que habia á bastante distancia, en cuyo sitio debian quitarles las vidas, arrojando luego sus cuerpos hechos cuartos en la corriente del rio Mosela, y que para prueba de haber ejecutado lo dispuesto, debian traerle la lengua de la madre. No pudiendo rehusar los criados el mandato de un bárbaro que tenia autoridad para hacerse obedecer, fueron á la prision, y desnudando á la pobre señora de sus vestidos, la cubrieron con unos andrajos y la condujeron al suplicio. Lo horroroso de este espectáculo, tan digno de compasion, no hay pluma que lo pueda expresar debidamente: basta decir que el grande dolor que se apoderó de Genoveva no la permitió hablar palabra hasta que se halló fuera, en el campo, donde, volviendo la vista hácia el castillo y bañando sus mejillas con abundantes lágrimas, se despidió de él con las mas tiernas exclamaciones, capaces de conmover al corazon mas endurecido.

Llegados, por fin, al paraje elegido para el sacrificio, uno de los verdugos dijo á la condesa: Señora, este es el lugar que tenemos designado para daros la muerte; si es delito obedecer á los superiores, perdon os pedimos por ello; y alzando la cuchilla, iba á descargar el golpe sobre el tierno infante, cuando al mismo tiempo se abalanzó la madre á detener el brazo del asesino, pidiendo

con fervor que la matasen primero á ella por no morir dos veces presenciando el sacrificio de su hijo; pero, ¡oh cuánto puede una beldad desdichada para enternecer un corazon de bronce! Las palabras de la princesa hicieron tanta impresion en el ánimo de aquellos hombres, que movidos de compasion, le dijo el uno al otro: Amigo, ¿por qué queremos derramar con nuestras manos una sangre tan ilustre? Dejemos vivir á la que con su modestia y santa resignacion demuestra claramente su inocencia; podrá ser que algun dia la verdad se manifieste con toda su pureza, y entonces nuestra buena accion nos proporcione la felicidad. Confornes con este parecer, dijeron á la condesa se internase por lo mas fragoso de la selva para que no pudiera ser vista por nadie ni descubrírseles que la habian dejado con vida.

No fué difícil complacerles; pues la espesura que ofrecia el bosque era muy propia para vivir ignorado del resto de los mortales; más volviéndose los criados al castillo, recordaron el mandato de Golo por el que debian traér la lengua de Genoveva en prueba de hababer cumplido fielmente su comentido; arrepentidos de su acto de piedad, iban á volver hácia el monte para ejecutar lo que poco antes no hicieron por compasion; pero Dios, que vigilaba por las preciosas vidas de nuestros desterrados, permitió que encontrasen en el camino un perro, con cuya lengua se preservó de la muerte á dos inocentes.

A su llegada al castillo ya se hallaba en él el conde Palatino, á quien dieron parte de la ejecucion de la sentencia. Golo se alegró mucho; pero observando cierta melancolía en el conde, procuraba distraerle, buscaba modos de divertirle, ya en la caza, ya en varios ejercicios de recreos. Un dia que Sigifredo se hallaba engolfado en sus fatales imaginaciones, contó á su mayordomo cómo la noche anterior habia soñado que un disforme dragon le habia arrebatado de su lado á su esposa. Golo, que estaba pronto á atajarle, le dijo: Señor, lo que os importa es desterrar de vuestra imaginacion estas ideas que no sirven mas que para inquietar vuestro espíritu. Olvidad, señor, á esa mujer que tan infamemente ha mancillado vuestro honor.

Dejemos al conde buscando medios para desvanecer su mal humor, y volvamos á Genoveva, que luego de haberla dejado los criados, se fué internando en la maleza de aquel dilatado monte en busca de alguna cueva que le sirviera de albergue y de abrigo contra las fieras. Así anduvo divagando dos dias, decaida por el cansancio y la falta de alimento; pero en medio de sus males, lo que más la afligia y se le hacia intolerable era ver padecer á su pobre Tristan, que daba gemidos pidiendo de mamar, porque aunque le aplicaba los

pechos, ¿qué fruto podia sacar de aquel cuerpo extenuado? Entonces fué cuando Genoveva, clamando al cielo, pidió muy de veras la favoreciese en tan apurada situacion. A poco rato de andar oyó el murmullo de un arroyuelo que se deslizaba por entre unos juncos; acercóse á él para refrescar la boca al tierno infante, y á corta distancia de allí descubrió el hueco en una roca, que era una caverna, cuya entrada estaba casi cubierta en un ramaje; allí se encaminó y aquella fué la morada de la madre y del hijo por espacio de siete años. Ya lo único que más falta les hacia era alimentos para poder subsistir; pero, ¡oh bondad inmensa, que sois tan benigna y piadosa! al mismo tiempo que Genoveva discurria con su espíritu para atender á esta necesidad, oyó un ruido como de alguna caballería que atravesaba por aquella maleza; vuelve la vista sobresaltada y descubre ser una cierva que sin recelo alguno se llega á ella, causándola admiracion al ver su mansedumbre, y acariciándola hácia el niño, parecia que queria dar á entender que Dios la enviaba para criar á Tristan y servirle de ama. Reconoció Genoveva que tenia las tetas llenas de leche; comenzó á cogerla suavemente, y aproximándola al niño, le dejó mamar. ¡Cuánta alegría recibió con esto el corazon de la afligida madre! Pero aumentóse más su contento cuando observó que la cierva acudia á dar la teta al niño dos veces al dia.

CAPITULO VI.

Padecimientos de Genoveva y su hijo en el desierto.—Pesadumbre y tristeza de Sigifredo.—Astucias del mayordomo para disipar las sospechas del conde.—Tristan entra en el uso de razon.—Confesion de la hechicera.—Prision de Golo y encuentro de Genoveva.

Mientras que el niño Tristan tuvo que conservar su vida del modo que se ha dicho, su pobre madre se sustentaba con frutas silvestres, yerbas y raices. El que considere en Genoveva una princesa criada entre regalos y delicias, no dejará de conocer cuán grande habia de ser su afliccion y amargura viendo trocado su palacio en una áspera soledad, sus diversiones en lamentos y sus manjares delicados en raices amargas, mientras que, volviendo los ojos al palacio de Sigifredo, se verá que allí, todos, hasta el más ínfimo de los criados, estaban gustosos y gozándose en la abundancia.

Golo trabajaba solícito en buscar antídotos contra las cavilaciones del conde, de quien no podian desarraigarse las virtudes de Genoveva, su modestia, piedad y amores; ya estaba pesaroso de haber dado crédito con tanta ligereza á las acusaciones del mayordomo.

Ya se habian pasado tres años desde la llegada del conde, cuando un dia, revolviendo sus papeles, encontró entre ellos el que habia dejado escrito Genoveva, cuyo contenido era el siguiente:

«Adios, querido Sigifredo: yo voy á morir porque vos lo mandais, y obedezco gustosa, si bien hallo algo injusta vuestra resolucion; pues os aseguro y prometo que me he conservado toda »entera para vos, con quien el cielo me habia unido. Yo voy á »morir confiada en que algun dia la calumnia que me precipita »se confundirá y hará que resplandezca mi inocencia; pero mi »mayor sentimiento es que nuestro inocente hijo haya de servir »de víctima á la misma crueldad. No por eso, amado esposo, deja »de desearos muchas felicidades vuestra desgraciada cuanto inocen»te—*Genoveva.*»

La lectura de este papel causo tal impresion en el conde, que, arrasados sus ojos en lágrimas, se golpeaba el pecho, arrancaba los cabellos, y, en fin, hacia cuantos extremos le permitia su intenso dolor.

El mayordomo que, como astuto, estaba siempre en acecho, procuró desvanecer el nublado que le amenazaba queriendo suponer que aquel papel era falso y lo habria puesto allí alguna persona adicta á la condesa, con idea de justificarla, y, por último, consiguió aplacar la cólera de su señor.

Mientras tanto, nuestra Genoveva se iba familiarizando con sus padecimientos y con los horrores de aquellas asperezas. El cielo parecia prestarla su proteccion dándola paciencia y constancia para sobrellevar tantas penalidades. Un dia que estaba vistiendo al niño con unos harapos en presencia de un lobo que la observaba desde cierta distancia, conociendo el animal la miseria de esta señora, partió corriendo hácia unos prados, y poco despues volvió con un pellejo de oveja y lo arrojó á la santa, como dando á entender que aquello era mejor abrigo para el niño; aceptó Genoveva el presente del irracional, aunque sintiendo que aquel beneficio habia sido á costa de un daño causado al prójimo.

Hallábase Genoveva en el sétimo año de su destierro, y el niño Tristan iba entrando en el instinto de la razon. La virtuosa madre no omitia nada para instruirle en la religion y la virtud. Estando un

dia el niño en los brazos de su madre acariciándola, la dijo: «Vos, señora, me haceis repetir muchas veces las palabras de *Padre nuestro, que estás en los cielos;* y así os ruego me digais quién es mi padre.» ¡Oh pobre inocente! ¿Qué es lo que dices? Hartas veces, hijo de mis entrañas, te he dicho que tu padre es Dios. Pero dígame, madre, replicó el niño, ¿y me conoce á mí? Verdaderamente que te conoce y quiere mucho, dijo la madre. ¿Pues cómo, repuso el hijo, no remedia tantos males como estamos padeciendo? Hijo mio, contestó Genoveva, si no nos proporciona bienes en este mundo, es para despues enriquecernos largamente en el otro. Con grande atencion estaba el pobre niño escuchando las razones de su madre, y así es como iba penetrando en el camino de los conocimientos de cosas que los hombres no pueden comprender sino con largo tiempo y estudio.

Ya se habian cumplido siete años que Sigifredo y su esposa eran víctimas de la mas atroz calumnia, cuando Dios, por uno de sus inexcrutables juicios, quiso poner término á tantas calamidades, dignándose poner de manifiesto el error del uno y la inocencia del otro, permitiendo que la hechicera, de que ya se ha hablado, cayese en manos de la justicia, y despues de haber sido condenada al último suplicio por los muchos delitos que habia perpetrado, pidió la oyesen uno de los mas atroces y que mas remordimientos le causaba. La justicia mandó que declarase, y ella lo hizo en estas breves palabras:

«El conde Palatino Sigifredo hizo quitar la vida á su mujer motivado por unas falsas visiones que yo con mi arte mágico le hice ver, con lo cual concibió las mas vehementes sospechas acerca de la infidelidad de su esposa; y para que el mundo sepa que aquella señora era virtuosa y honrada y que murió inocente, hago esta confesion en descargo de mi conciencia.»

Al oir los jueces este relato enviaron un expreso poniéndolo en conocimiento de Sigifredo, quien quedó penetrado del mas profundo dolor al saber la inculpabilidad de su llorada esposa; si bien le consolaba, en parte, la idea de que estuviera libre del feo delito que se la imputó. ¡Quién podrá, sin asombro, expresar el furor que se apoderó de su espíritu contra la perfidia del mayordomo, y las dolorosas quejas que prorumpia por su esposa é hijo! Por último, se desató en denuestos y maldiciones contra Golo, que á la sazon se hallaba desempeñando una comision fuera de la casa; pero juzgando seria necesario usar del disimulo reprimiendo su justo resentimento, mandó llamarle, diciendo que tenia que asistir á una grande cacería que se estaba disponiendo. Muy descuidado se

presentó Golo; pero en seguida, por disposicion del conde, entró á ocupar la misma prision donde habia tenido encerrada á su inocente señora.

Queriendo el Palatino hacer pública la infame calumnia promovida por el mayordomo y aplicarle el condigno castigo que mereciese por tan enorme delito, convocó á todos sus deudos y amigos para que asistieran á dicho acto, y para obsequiar al mismo tiempo á tan distinguida reunion, hizo preparar un suntuoso banquete; pero antes dispuso se verificase una gran partida de caza, en la que concurrieran los convidados.

Llegó el dia señalado, partieron con todo el aparato de perros, redes, halcones y demás que se requiere en esta clase de ejercicios. Entraron nuestros cazadores en el bosque, y á poco rato el caudillo de ellos se encontró con un venado: era la cierva que habia criado á Tristan; el Palatino se preparaba para disparar su dardo, cuando el animal da un brinco y echa á correr con suma velocidad buscando asilo hácia la morada de nuestra Genoveva. Se empeñó el conde en perseguirla por espacio de media legua, hasta llegar á la vista del antro sagrado de la santa; pero observando que la cierva se habia refugiado cerca de un bulto que le pareció ser algun fauno de aquellos montes, para cerciorarse de ello fué acercándose con toda precaucion, y por fin descubrió era una mujer sin más vestido que una espesa crespa de cabello que cubria todo su cuerpo; llamóla el conde que se acercase, pero ella respondió que no la permitia la honestidad mostrarse sin cubrir antes sus carnes; entonces el conde le arrojó el gaban, y la santa abedeció al punto.

Admirado quedó Sigifredo de ver un espectáculo tan raro, pero fué mucho mayor la sorpresa de Genoveva al reconocer á su esposo; preguntóle el conde por su patria y el motivo de estar en aquella soledad. Señor, respondió la incógnita, yo soy una desgracia mujer, natural de Brabante, que la mala estrella me ha obligado á vivir retirada en este rincon del mundo; y si bien he sido casada con un hombre poderoso, una ligera sospecha que tuvo contra mi honestidad, le hizo consentir en autorizar mi ruina y la de mi hijo. En tanto que Genoveva se expresaba de este modo, el corazon de Sigifredo le daba unos latidos como dándole á entender que aquella era su esposa. Despues de un momento de incertidumbre se resolvió á preguntarla por su nombre, á lo que contestó: Yo, señor, me llamo Genoveva. Apenas acabó de pronunciar tan dulce palabra, cuando apeándose el conde del caballo la cogió entre sus brazos, exclamando: ¿Eres tú, mi querida Genoveva? ¿Cuándo podia yo esperar la dicha de verte entre mis brazos? ¡Oh, mi querida esposa, perdona á un delincuente que con-

fiesa su falta y reconoce tu inocencia! Genoveva se quedó inmóvil, contemplando cómo por tan milagroso medio la divina Providencia restauraba su honor. Recobrados de tan inesperada sorpresa, lo primero que al conde le ocurrió fué preguntar por su hijo. Genoveva le llamó, diciéndole que allí estaba su padre. El escesivo gozo que esperimentó Sigifredo en esta ocasion, no hay palabras que basten á espresarlo debidamente. Las abundantes lágrimas de alegría que derramó en el rostro de su hijo, los besos y tiernas caricias que le prodigó, dieron bastantes muestras de quererse pagar cumplidamente de la deuda que con tanta ánsia habia deseado recobrar.

CAPITULO VII.

Genoveva es llevada en triunfo al palacio.—Diversiones y fiestas por su feliz regreso.—Golo es sentenciado á morir.—Aplicacion y adelantos del jóven Tristan.—Genoveva se ve acometida de una grave enfermedad que la conduce al sepulcro.—Sigifredo manda construir una ermita en el monte, dónde hace depositar el cuerpo de la santa.—El conde y su hijo renuncian la posesion de sus bienes y se retiran á hacer penitencia en el monte.

Dejamos en el capítulo anterior á Tristan en los brazos de su querido padre, quien, pasado aquel arrebato de alegría, hizo resonar el eco de su corneta por el monte para que acudiesen allí sus cazadores, y llegados aquel sitio, se quedaron atónitos al observar aquella figura de mujer en estado salvaje, y á un niño entre los brazos de Sigifredo. Este les sacó de su perplegidad manifestándoles que aquellos dos serés humanos eran su esposa y su hijo, lo cual acabó por dejarlos pasmados, y algunos derramaron lágrimas de alegría por tan feliz encuentro. En seguida fueron los criados al castillo á traer una litera y algunos vestidos para la condesa, y con paso lento emprendieron todos la marcha, seguidos de la mansa cierva, que no los abandonó jamás. Poco antes de llegar al castillo le salieron al encuentro cuantos en él habitaban, para poder ver lo más antes á la que habian llorado por muerta.

Llegados, por fin, al palacio, acudieron la gentes de toda la comarca, atraidas por tan extraña novedad, no cesando de dar gracias al cielo por haber conservado tan milagrosamente la vida á la condesa, por cuyo medio la inocencia triunfaba de la calumnia.

Despues de pasados algunos dias entre diversiones y fiestas, mandó luego el Palatino sacar de la prision al mayordomo; éste fué conducido á la presencia del conde, que se hallaba en un magnífico salon, sentado al lado de la princesa y rodeados de toda la nobleza. El semblante airado del conde confundió al culpable, y sin osar poner los ojos en la que tan lastimosamente habia ofendido, cayó á sus piés desfallecido; pero Sigifredo, encendido en cólera y prodigándole mil injurias, le hizo ver la enormidad de su delito, por el cual declaró formalmente delante de aquella reunion que le condenaba á morir ignominiosamente.

La piadosa Genoveva, al oir la sentencia que habia pronunciado su esposo, quiso poner su mediacion para que la revocase, usando de clemencia con el culpable; pero todas sus compasivas súplicas no fueron bastantes para suavizar el rigor de Sigifredo, permitiéndolo así la justicia divina para ejemplar escarmiento de los corazones endurecidos y depravados. La sentencia se ejecutó atando los brazos y las piernas del desdichado Golo á las colas de cuatro bueyes, que lo dividieron en otras tantas parte, cuyos destrozos fueron arrojados para servir de pasto á los cuervos.

Tambien fueron castigados, segun sus faltas, todos cuantos habian tomado parte en las maquinaciones del mayordomo, y por el contrario, se recompensó largamente á los que se habian interesado en favor de la desgracia de la señora.

El niño Tristan fué aplicándose al estudio, sobresaliendo en todos los ramos del saber. Sus padres estaban llenos de gozo viendo la instruccion y buenas inclinaciones de su hijo; en fin, todos se hallaban contentos y satisfechos, habiendo echado ya en olvido las pasadas tristezas y calamidades. Pero como las felicidades de este mundo no suelen ser muy durables, el cielo quiso premiar la paciencia y virtudes de su Genoveva con el goce de la bienaventuranza eterna. Así fué, que al poco tiempo nuestra santa princesa se vió acometida de una aguda calentura que indicaba bien claramente se iba acercando el fin de sus dias.

Afligióse Sigifredo al ver á su amada esposa en tan mal estado, y con tiernas lágrimas invocaba la misericordia divina le conservase el bien que tanto apreciaba.

Genoveva, postrada en el lecho de la muerte, hizo llamar á su hijo y le echó la bendicion, luego se despidió del conde con las más sentidas y amorosas demostraciones, segun se lo permitia su debilidad. Despues confortó su alma con el Divino Pan, que apenas lo recibió en su boca, cuando mirando al cielo, con un tierno suspiro exhaló su espíritu al Criador.

Pasados los primeros momentos de doloroso llanto, cuya intensidad queda á la consideracion del lector, se dispuso dar sepultura al santo cuerpo, que le hallaron cubierto de silicios capaces de consumir sus delicadas carnes, y colocado en el ataud, fué conducido á la iglesia con gran pompa y magnificencia.

La cierva, que tan fiel habia sido á la condesa en vida, quiso mostrar en su muerte los efectos del amor, siguiendo el fúnebre acompañamiento hasta la puerta del templo, de donde no quiso apartarse jamás.

Sigifredo quedó inconsolable, sin encontrar alivio ni distraccion en cosa alguna, ni poder apartar un momento la memoria de la virtuosa esposa que habia perdido; un dia, que se hallaba engolfado en el piélago de sus melancólicas reflexiones, resolvió poner en ejecucion un designio que tenia oculto; partió á la ciudad de Tréveris para solicitar del prelado de aquella iglesia el permiso para construir una ermita en el mismo lugar donde Genoveva tuvo su morada. Púsose por obra el edificio, dedicando la capilla á la Vírgen de la Misericordia; y poco despues fué trasportado allí el cuerpo de la santa, en medio de un concurso innumerable.

Trascurriendo ya algunos meses, hizo llamar Sigifredo á un hermano suyo, y solos en una estancia con el niño Tristan, les declaró su resolucion de retirarse á vivir al monte donde habia hecho construir la ermita, y dedicar el resto de sus dias al servicio de Dios. Al hermano le nombró tutor de su hijo, haciéndole entrega de todos los papeles é intereses; mas oida por Tristan la santa vocacion de su padre, dijo que él estaba tambien resuelto á seguir su ejemplo, y que renunciaba todos sus bienes en favor de su tio.

Esta vocacion del niño, aunque contrariaba lo dispuesto por el padre, no quiso éste oponerse á sus deseos; mandó hacerle un pequeño hábito de ermitaño como el que tenia para sí, y desengañados Sigifredo y su hijo de lo efímeros que son los bienes de este mundo, se retiraron ambos á concluir sus dias en la soledad del desierto, para gozar despues la gloria eterna de los justos.

FIN.